

I: LAS PREGUNTAS Y LOS HECHOS

“Cave ab homine unius libri”

(Ocultaros del hombre de un solo libro)

(Proverbio latino)

Las preguntas

¿Qué quería expandir Jesús que tanto enfadó a algunas clases sociales? ¿Una nueva religión? ¿Un cambio social? ¿Por qué asesinaron realmente a Jesús? ¿Por religión? ¿Por política? ¿Por error? ¿Quién sentenció realmente la ejecución del Nazareno? ¿Los romanos? ¿Herodes? ¿El Sanedrín? ¿Fue todo un complot para que Roma ordenara su muerte? ¿Un complot de la aristocracia judía?

Leyendo los evangelios nos percatamos que existen demasiadas contradicciones para responder con claridad a las dudas anteriores. Hay que saltar a otro nivel, hay que comprender como fueron redactados los evangelios, y con ello, dar un giro a todos los hechos. Si a lo anterior sumamos otras informaciones sobre el contexto social del momento, más otros documentos actualmente disponibles, se llega a comprender como se expandió el cristianismo

por el Imperio Romano y qué imagen se vio del Nazareno. En todo ello se pueden ofrecer algunas respuestas a las cuestiones iniciales.

Pero el viaje de este libro no se apeará sólo en esta estación. La respuesta que se dará a las preguntas anteriores nos desvelará los fundamentos históricos de la fe cristiana. Si somos doctos con los evangelios, podremos aproximarnos a la historia de un personaje que unos creyeron el ungido de Dios, otros el Mesías judío, y la mayoría el Cristo griego. Este ensayo invita a reflexionar sobre un doble asesinato que Jesús sufrió, una desaparición que conllevó un mártir y la fundación de una religión hoy presente en los cinco continentes: el cristianismo.

El orden de los hechos

En la bibliografía sobre Jesús existen a menudo dos tipos de libros. Por un lado aparecen los basados en la fe, exegetas o no, que intentan demostrar la existencia histórica de un Jesús mago, sobrenatural, hacedor de milagros, enviado por Dios y con una misión universal dirigida a todos los habitantes del planeta. Por otro lado surgen los poco, o nada creyentes, que tras muchas elucubraciones y deducciones al más exagerado estilo CSI, caen en la ciencia-ficción sin jamás demostrar un Jesús hindú, *gnóstico*, templario, antroposófico, esotérico y hasta extraterrestre. En los primeros, los del Nazareno mago y hacedor de milagros, pesa más la fe que la

razón, y en los segundos, más la ficción que la realidad. Los primeros siguen proclives a un Jesús de la fe divina, y los otros todo un *Expediente X*, un *Alicia en el País de la Maravillas*. En todo ello los inevitables prejuicios jalonan ambas literaturas, bien para mentirse a uno mismo, bien para mentir a los demás. La verdad es que resulta casi imposible no caer en un lado o en el otro. Este libro intenta mantenerse en la cuerda floja de la objetividad entre unos y otros; el lector juzgará al final. Para lograr tales equilibrios lo primero que se estableció fue una correlación entre los principales hechos entre los evangelios canónicos a sabiendas que éstos no guardan cronología exacta ni ordenada de lo ocurrido. Para ver con claridad los posibles sucesos históricos se desestimaron las historias mágicas, ya que según muchos especialistas bíblicos, fueron elaboraciones y añadidos. Por otro lado se optó por una lectura lo más científica posible, aunque los criterios de interpretación por la Pontificia Comisión Bíblica acordados en 1993 proponían que no se necesita el empleo de ningún método científico en la lectura de la Biblia. También se insistía en estos acuerdos que se debía vigilar de no conceder más atención a los aspectos económicos e institucionales que a las dimensiones personales y religiosas de los hechos manteniendo una sintonía y acogida positiva del mensaje de Jesús para aumentar la capacidad del experto bíblico en ver la realidad histórica. Nosotros en cambio hemos optado por el método científico que analiza los hechos, realidad pura, para luego

aproximar la explicación más probable de los mismos. En ello se sigue el principio de parsimonia que ha permitido el desarrollo de todas las ramas de conocimiento empírico, el progreso cognitivo humano y la mejora tecnológica del planeta. El principio de parsimonia, atribuido a Guillermo de Ockham, demuestra que la teoría que resulta más sencilla y lógica, pero que más misterios y preguntas responde, es la más cercana a la verdad. En una investigación criminal, o en un juicio, se aplica dicho principio para establecer inocentes, sospechosos y culpables. Así pues, para aplicar correctamente el principio de parsimonia se debe tener en cuenta todo el contexto histórico de los hechos y luego proponer la explicación más plausible. Utilizando las crónicas romanas, los manuscritos de otras procedencias y otros datos arqueológicos y antropológicos, se ha intentado evitar la literatura de los partidarios del Cristo mago y las narrativas de los defensores de un Jesús de ciencia-ficción. Así empezó este libro, de un lavado y de un orden de los hechos. Recorramos ahora la biografía de un hombre cuyo nombre pudo ser Jesús.

II: ANTES DE PREDICAR

*“Unos con Dios y otros sin Dios, hemos armado una que ni Dios la entiende”
(Met Rissec, excombatiente de la Guerra Civil española)*

Durante este capítulo intentaremos liberar el trigo de la paja para quedarnos con lo esencialmente histórico de Jesús. En ello se intentará no ver los hechos a través de la fe en Dios. El Ser Supremo no puede ser cien por cien responsable de los errores humanos al construir o redactar la historia.

Nacimiento de Jesús, ¿cuándo?

La tradición dice que Jesús nació el 25 de diciembre del 1 d.C., pero esta computación fue producto más de una necesidad social que de un rigor histórico. Durante el Imperio Romano las fechas hacían referencia a la fundación de Roma, *ab urbe condita*, para abreviar, A.U.C. Sumido el imperio en una profunda oscuridad durante el siglo VI, y sin

Roma como sede central, era menester crear otro calendario bajo la nueva perspectiva cristiana. Bajo el mandato de Papa Juan I fue cuando se creó este. El pontífice dio la orden a un humilde abad que estaba a sus órdenes. Dada la era cristiana en la cual se vivía, el nuevo calendario debía ajustarse al nacimiento de Cristo, pero primer problema, nadie sabía cuando lo hizo éste. Dionisius Exiguus, nuestro abad, bajo la presión papal y el encargo impuesto, se equivocó en la fecha y con ella eliminó hasta el cero del calendario.

El primer error fue utilizar el calendario romano, un calendario cuyo primer mes era marzo. Dionisius estableció el año del parto por aproximaciones varias hasta decretar que fue el 754 A.U.C., algo paradójico si, y según los evangelios, Jesús y Herodes fueron coetáneos. Este rey, Herodes el Grande, murió el 750 A.U.C., es decir el 4 a.C., cuatro años antes de nacer Jesús. O bien los evangelios erraron al juntar en la misma época a Jesús y Herodes, o el abad no supo de aquella contradicción.

El segundo error de Dionisius Exiguus fue asignar el uno de enero del año uno al día en que Jesús fue introducido en sociedad, su circuncisión, su Alianza con Dios, la *berit*. Este rito lo solía ejecutar el padre en señal de reconocer al hijo como suyo y de incorporarlo a la sociedad judía, a la Alianza con Yahvé. De hecho la circuncisión acabó llamándose *berit*, alianza. La costumbre judía era circuncidar al recién llegado ocho días después de nacer, por tanto restando esos días al 1 de enero del 754, se obtenía el

25 de diciembre del 753, la fecha del nacimiento de Jesús. Casualmente esta misma fecha correspondía al nacimiento de un dios que la mayoría de los primeros cristianos veneraba paganamente, Mitra, y que la iglesia católica de aquellos tiempos deseaba integrar como práctica cristiana.

Independientemente que se quisiera o no absorber el nacimiento de Mitra con el de Cristo, el 25 de diciembre se hallaba en contradicción con los textos evangélicos. Si los pastores que adoraron a Jesús durmieron al raso probablemente el Nazareno no nació en invierno. O los evangelios se confundieron o Dionisius no se dio cuenta de la paradoja.

Pero el tercer error de Dionisius fue la falta de aritmética producto de su época. Nuestro abad decretó que en el mismo momento de nacer el Nazareno ya había pasado el año I d.C., es decir, no hubo año cero. Eso implicaba que entre el 753 y el 754 A.U.C. no transcurría un año, sino dos. Del I a.C. (753 A.U.C.) se pasaba directamente al I d.C. (754 A.U.C.) sin pasar por el cero. Cuando alguien nace posee o años y pasado un año cumple su primer aniversario. Jesús fue distinto ya que en el mismo momento de su nacimiento ya había transcurrido un año, aunque celebraría su primer aniversario en el II d.C. Pero la culpa no fue del abad. En aquellos tiempos se utilizaban los números romanos y no los arábigos con el cero. Muy probablemente Dionisius desconocía el concepto cero y con ello hizo lo que simplemente pudo. Aquel contexto supuso que todos

los posteriores cambios de siglo o milenio fueran siempre un año más tarde. El siglo II empezó en el 101 y no en el 100, el segundo milenio no comenzó en el año 2000, lo hizo en el 2001.

A pesar de todos los deslices del calendario anterior, éste se fue extendiendo durante la edad media. Posteriormente al siglo VI d.C., y olvidado por completo el Imperio Romano, la costumbre cristiana de hacer referencia a los hechos *históricos* con el antes o el después del nacimiento de Jesús fue creciendo y se desestimó la antigua usanza de la fecha de la fundación de Roma, *ab urbe condita*, A.U.C. Todavía en el siglo XI el nuevo calendario sin el cero no estaba del todo extendido por Europa. De hecho la difusión del cero, ausente en los números romanos, no sucedió hasta inicios del siglo XIII. Fue Leonardo de Pisa, también llamado Fibonacci, quien difundió por Europa el sistema decimal indoarábigo con el dígito de valor nulo, el cero, a partir de su libro *Liber Abaci* publicado en 1202. Por esta y otras razones, el cambio de milenio en el 1001 no revistió gran importancia, cosa que sí sucedió en el 2001. Cabe recordar aquí las profecías milenaristas de catástrofes y destrucciones que no sucedieron, algo que nos lleva a una conclusión, a ignorar a los milenaristas en el 3001.

Descritos los condicionantes de Dionisius, y las paradojas entre su calendario y los evangelios, sólo cabe una humilde conclusión, no sabemos ni cuando nació Jesús ni cuando celebrar el cambio de milenio. Cabe añadir que en aquellas épocas sólo los notables

practicaban el registro de sus onomásticas y el Nazareno pertenecía a una familia muy modesta. Sin costumbre entre las clases humildes de celebrar aniversarios, y con un Jesús sin información de su pasado en los evangelios, nos hemos quedado a dos velas, y sin las de su cumpleaños, al no saber cuando nació.

Nacimiento de Jesús, ¿dónde?

Sabemos por las amistades del Nazareno que todos ellos fueron de la provincia de Galilea, una región muy singular cuyos habitantes no hablaban ni el hebreo de sus vecinos en Judea, ni el latín de sus invasores romanos. Los galileos conversaban entre ellos en una lengua propia e independiente llamada arameo. Por eso durante las lecturas de las Escrituras hebreas en la sinagoga un traductor parafraseaba el texto en arameo. De hecho los galileos pronunciaban de forma totalmente distinta las palabras con respecto a sus hermanos hebreos. Tenían grandes dificultades para distinguir los sonidos guturales, un hecho que explicaba que llamaran a Jesús como Yeshú y no en su forma hebrea Yeshua.

Pero olvidando estos asuntos lingüísticos, y volviendo al lugar del nacimiento, vemos que los evangelios de Lucas y Mateo asignan la localidad de Belén como lugar del parto. Este hecho coincidía con lo que debía cumplirse en las profecías de Miqueas. Para muchos creyentes en el *Mashíah*, el ungido o